

EL
TESTAMENTO
DE ABRAHAM
IGOR BERGLER



Cuando el profesor Charles Baker está a punto de embarcarse rumbo a México en el aeropuerto de La Guardia, su asistente, George Marshall, aparece de manera inesperada y le entrega un dossier que, sin embargo, Baker no llegará a leer. Tan pronto como esos papeles llegan a sus manos, se pone en marcha un mecanismo imparable para evitar que descubra lo que contiene, un mecanismo capaz de asesinar de la manera más brutal a todo aquel que se interponga en su camino. La Cúpula, una misteriosa y poderosa organización, está dispuesta a lo que sea para que un secreto muy antiguo no salga a la luz. Solo el profesor Charles Baker conseguirá encontrar la manera de revelarlo.

¿Cómo es posible que un poeta que no conoce una planta llamada «rosa» pueda escribir sobre el aceite de rosas?

AULO GELIO, *Noches áticas*

Quedó pues establecido: no solo aquellos más dotados en lo relativo a la comprensión pueden acceder a la profundidad de sus conocimientos, sino también los ignorantes. Y aunque una persona así no pueda acceder a ella, no debe sumirse en la desesperación. Observará que, a pesar de las dificultades de algunas cosas, dada su naturaleza, se presentan y se revelan en una prosa agradable con cierta elegancia, y como un jardín con toda clase de flores, se comentan y se presentan ante los ojos como imágenes y símbolos.

FRANCESCO COLONNA, *Sueño de Polifilo*

Hasta las coincidencias son más asombrosas cuando tienen cierto aire de intención. Podemos citar como ejemplo la estatua de Mitis, en Argos, que cayó sobre el causante de su muerte cuando asistía a un festival y lo mató.

ARISTÓTELES. *Poética*

Esta podría ser muy bien una historia real. Sin duda, en su mayor parte lo es. Si fuera por completo, se habrían cambiado ciertos nombres para proteger a los protagonistas y garantizar la vida y la seguridad de sus familias.

Prólogo

La ventana cayó como una cortina de agua; sus fragmentos se desplomaron formando una reluciente cascada. Charles Baker acababa de ver aquel estropicio cuando notó la primera bala, casi a la vez. Le pasó silbando, junto a la oreja. La segunda bala le impactó con fuerza en el hombro. Lo tumbó en el suelo. El dolor le llenó los ojos de lágrimas al instante. Sonó otro disparo. Y luego otro. Los sesos del agente del servicio secreto dibujaron el mapa de un continente perdido en la pared del fondo de la habitación. La bala que le atravesó el cráneo describió una trayectoria extraña e impactó en la araña del techo con un sonoro tintineo. Como si fuera el eco, una mujer soltó un grito agudo a tono con el impacto en la araña. Había gente tumbada por todas partes intentando esconderse, lo más a ras de suelo posible, como si trataran de atravesarlo. Una vez superado el sobresalto inicial, Charles intentó levantarse. A su derecha, el secretario de Estado se había colocado sobre su mujer en un intento desesperado por protegerla. La mayoría de las personas que estaban en el suelo se cubría la cabeza con las manos. Una nueva serie de balas llegó a través de la pared que tenía a su espalda. Más gritos. Más estremecimiento en el suelo. Alguien comenzó a rezar con voz llorosa. Charles intentó mirar a su alrededor, pero tenía la visión nublada. Veía doble o triple, como si lo hiciera a través de un vaso de cristal o, más bien, a través de las muchas facetas de un diamante. Varios agentes, agachados, habían agarrado a un hombre y

se lo llevaban a rastras, dejando tras de sí un rastro abundante de sangre casi negra. Charles trató de concentrarse en la imagen que tenía ante él, cerró despacio los ojos y luego volvió a abrirlos. Comprendió entonces que eran tres hombres ayudando a un cuarto. Dos de ellos sostenían al caído por las axilas mientras que el tercero lo protegía con su cuerpo, interponiéndose entre el hombre caído y la dirección de donde procedían las balas. Para entonces, Charles había empezado a arrastrarse para salir de la habitación. Lo único que tuvo tiempo de decir antes de perder el conocimiento fue:

–El presidente. ¡Por el amor de Dios, el presidente!

El sonido del teléfono interrumpió el silencio total de la sala. Todos los ojos se concentraron en el aparato. La tensión en el ambiente era casi insoportable. Quienes estaban alrededor de la mesa se habían quedado petrificados, lo mismo que las personas sentadas en butacas o todavía de pie. Por algún imponderable improbable, uno de ellos se había quedado paralizado con un vaso a medio camino de los labios. Alguien descolgó el teléfono con un gesto repentino y, sin aguardar a que quien llamaba hablara, soltó:

–¡Dame buenas noticias! ¡Dime que está muerto!

Únicamente la persona sentada en la butaca más imponente permaneció en su rincón sin mover ni un músculo y observando a los demás como si estuviera en el palco de un teatro. No era solo su rostro. No podía descifrarse nada de él porque era una máscara impenetrable, pero su cuerpo inmóvil tampoco revelaba la menor emoción. O se controlaba sumamente bien o no compartía en absoluto el entusiasmo de los demás.

PRIMERA PARTE

Basta con que un libro sea posible para que exista. Solo está excluido lo imposible.

JORGE LUIS BORGES,
«La biblioteca de Babel»

Recorro los campos con paso pensativo y paseo por las salas vacías, y siento (compañeros de los muertos) que estoy viviendo en las tumbas.

ABRAHAM LINCOLN

El dedo en movimiento escribe; y, pasado un momento, sigue adelante: ni toda tu Piedad ni tu Talento deben incitarlo a suprimir media línea siquiera ni todas tus lágrimas borrar una palabra cualquiera.

EDWARD FITZGERALD
Rubaiyat de Omar Jayyam

1

Nueve días antes

El avión se separó de la pasarela de embarque y, cuando empezaba a invertir los motores, la auxiliar de vuelo comenzó a usar los brazos para iniciar el mantra sobre las salidas de emergencia, las mascarillas de oxígeno y los chalecos salvavidas. Charles Baker había superado con creces el millón de millas, pero el ritual del despegue no dejaba de fascinarlo. Era una especie de superstición, una forma de asegurarse a sí mismo que aquella vez también todo iría como una seda, que se cerraría el círculo. Un despegue perfecto, con todos los ingredientes presentes en su sitio, lógicamente debe concluir con un aterrizaje seguro. Esta vez, sin embargo, tuvo una especie de presentimiento. Recordó que al salir del curso llevaba una carpeta en la mochila. Se la había dado su adjunto de camino a la conferencia, justo en el aeropuerto, antes de pasar los controles de seguridad. El joven había llegado empapado de sudor y había necesitado unos segundos para recuperar el aliento. Había apoyado su brazo en el hombro de Charles hasta que había podido soltar unas pocas palabras con voz entrecortada y luego le había entregado la carpeta rosa enrollada en forma de tubo. La llevaba agarrada con fuerza en la otra mano, como si tuviera miedo de que se le escapara o de que alguien se la fuera a arrebatar.

Charles se había olvidado la carpeta al llegar al hotel, y también a lo largo de los tres días que duró la conferencia,

aunque la llevó todo el rato en la mochila. Solo se acordó de ella la última mañana, cuando se dirigía al Aula Magna Fray Alonso de Veracruz de la Universidad Nacional Autónoma de México. Hojeó un poco la carpeta en el coche, pero como estaba muy preocupado por hacer un buen papel en su última presentación, su cabeza no consiguió registrar las minúsculas líneas garabateadas por todas partes ni los dibujos multicolores o los diagramas incluidos aparentemente al azar en las diversas páginas que alcanzó a mirar por encima. Volvió a acordarse de la carpeta al guardar la mochila en el compartimento de equipaje de mano. En ese momento se dijo que le quedaban casi cinco horas antes de aterrizar en La Guardia, tiempo suficiente para echar un vistazo a las páginas por las cuales su adjunto había estado a punto de sufrir un infarto en su esfuerzo por llevárselas a tiempo al profesor.

Así que abrió la carpeta con curiosidad, a riesgo de perderse el rito de iniciación de la azafata. Hojeó varios de los archivos y justo cuando se disponía a examinarlos con atención, el avión se detuvo y empezó a rodar de nuevo. Por la ventanilla vio a un grupo de uniformados que se partían el lomo para volver a colocar la pasarela de embarque en su posición original. El piloto habló por los altavoces directamente en inglés, algo que era muy poco habitual. Los pasajeros debían conservar la calma, permanecer sentados y mantener abrochados los cinturones de seguridad. Eso fue todo. A Charles le pasó por la cabeza que algún oficial o empresario local que tenía al gobierno comiendo de la palma de la mano habría decidido ir a Nueva York en el último minuto. En México eso no era nada raro.

La puerta se abrió y seis individuos vestidos con unos uniformes extraños invadieron la cabina. Cuatro de ellos se dirigieron a toda velocidad hacia la parte trasera del avión. Y de este grupo, dos se pararon en el centro. Los otros dos se quedaron en la parte delantera, donde esta-

ba la clase preferente. Uno de ellos estaba situado exactamente a la derecha de Charles y el otro, en el lugar que había ocupado la azafata. Esta persona tomó un megáfono y anunció, esta vez en español, que todos los pasajeros debían abandonar el avión dejando en él sus pertenencias para una inspección adicional. En pocos minutos podrían volver al avión. Cuando los pocos pasajeros de la parte delantera empezaron a levantarse, el hombre del megáfono avisó de que la evacuación debía hacerse por la parte trasera, en orden. La situación parecía grave y la gente sabía que no había que tomarse a broma a las fuerzas especiales, especialmente si, como sospechaban, había una amenaza terrorista a bordo.

Al llegar a la cuarta fila, Charles quiso ponerse de pie, pero el individuo que estaba a su derecha le puso una mano en el hombro y lo empujó con fuerza de vuelta hacia su asiento. Cuando Charles alzó los ojos hacia él, el hombre habló:

–Usted no, señor –dijo con voz autoritaria y los dientes apretados.

El profesor fue a agarrar la mano que le sujetaba el hombro, pero el hombre la apartó. Antes de que pudiera reaccionar, el avión estaba ya vacío. El último pasajero había salido por la pasarela de embarque. Lo más extraño era que los dos pilotos también se habían marchado, junto con los auxiliares de vuelo. La puerta se cerró sonoramente tras ellos.

2

La respetable señora Bidermeyer no sabía si echarse a gritar o desmayarse. Estaba plantada en el umbral. Unos calcetines de finas rayas azules y blancas le cubrían las piernas de hipopótamo. Llevaba unas zapatillas de estar por casa con la puntera en forma de mapache y estaba blanca como la cera. Había subido la escalera para regañar a su inquilino, que había puesto música después de haber estado dando golpes sobre su cabeza durante unos minutos que a ella se le habían hecho eternos. Era la primera vez en los tres años que llevaba viviendo allí que George Buster Marshall, profesor adjunto en Princeton, había puesto música a un volumen tan alto, por lo que al inicio había decidido pasar por alto su mala conducta pensando que podía tratarse de un fenómeno accidental. Al principio, había decidido sabiamente ignorarlo. Después, había empezado a golpear el techo con el mango de una escoba, luego le había dado a los radiadores y, al final, había salido a la escalera y se había puesto a gritar. Aquella mujer mayor con cara de cocodrilo llevaba más de treinta años haciendo las veces de administradora de varios edificios del campus, y tenía su habitación allí, en ese edificio, justo debajo de uno de los mejores inquilinos de su tumultuosa experiencia como administradora. El señor Marshall era lo que se conoce como un inquilino ejemplar. Pagaba el alquiler a tiempo, a veces incluso con uno o dos meses de adelanto. Nunca armaba jaleo, nunca rompía nada y no daba desagradables fiestas como hacían sus colegas de rellano. Añadamos a eso que invitaba a Heidi Bidermeyer

a un *schnapps* alguna que otra noche; era un encanto de persona. Y, además de todo eso, era de una buena familia universitaria. Sus dos últimos libros lo habían convertido en una especie de celebridad nacional. No solo eso, hasta había llegado a verlo por televisión.

Sabía que el joven se iría pronto porque con la fama llegaría el dinero. Es más, una joven licenciada de la misma universidad había comenzado a visitarlo cada vez más a menudo. De hecho, la señora Bidermeyer sospechaba que la joven estaba allí cuando su techo se había «venido abajo» debido al sonido de la batería. Pero la señora Bidermeyer jamás imaginó que sus caminos y los de Marshall se separarían de ese modo. Estaba paralizada en el umbral sin saber qué hacer. Su primer pensamiento fue desmayarse, pero parecía demasiado arriesgado: estaba en lo alto de la escalera y podía caer accidentalmente por encima de la barandilla, así que se decantó por la segunda opción. Intentó entonces gritar, pero no logró emitir ningún sonido. Se sentía tan espeluznada por la imagen del cadáver mutilado de su inquilino favorito que una mezcla de miedo y horror la dejó clavada en el sitio, inmóvil.

Solo cuando oyó la puerta, logró apartar los ojos del cuerpo y volverse hacia la escalera. Abajo, el señor Bingham y el señor Zsuseck o Zschk, comoquiera que se pronunciara, estaban entrando, ambos de un evidente buen humor, aunque su alegría se desvaneció cuando vieron a aquella anciana lívida, con los ojos desorbitados y dominando el primer piso y la planta baja como si fuera el coloso de Rodas con la cara del chupacabras.

3

Se subió al coche. Estaba desesperado. No había encontrado gran cosa: un par de notas sueltas, pero ningún rastro de lo que había ido a buscar. Había hojeado detenidamente todos los libros de la pequeña e improvisada biblioteca, incluidos los montones de papeles acumulados por toda la habitación, alrededor de la mesa y de la cama. Al final solo se había llevado el portátil. A lo mejor encontraba algo en él. El asunto se había complicado más de lo que imaginaba.

Había oído un ruido en la escalera y se había escondido en el armario. No había pensado en salir de allí sin conseguir toda la información. El problema era que aquel estúpido petimetre había vuelto a casa. ¡Joder! Había preparado la situación con mucho esmero. Aquel idiota no tendría que haber regresado hasta dos horas después. Había seguido todos sus pasos durante más de dos meses. Lo sabía todo sobre él. Pero, aun así, no había logrado encontrar «lo que ellos necesitaban tener». Le habían dicho claramente que el asunto era muy delicado y que habría que solucionar el problema de un modo distinto al habitual; además, debía ir con sumo cuidado porque estaría en Estados Unidos, no en los lugares a los que estaba acostumbrado a trabajar.

Con gestos profesionales limpió el machete, que todavía estaba cubierto de sangre. Prendió fuego al trapo mojado con el que había eliminado todo rastro de la carnicería, lo tiró por la ventanilla del coche y vio cómo quedaba reducido a cenizas. El individuo, el objetivo, había entrado

en la habitación y había ido directo hacia el armario. Había abierto la puerta, había visto a alguien entre su ropa y había empezado a gritar. Él, por su parte, se había visto obligado a darle un puñetazo en la cara. El joven había caído al suelo, pero se había puesto a chillar todavía más alto. Había agarrado una mancuerna del suelo para defenderse. Pero, en lugar de atacarlo con ella, había empezado a aporrear el suelo con ella, soltando alaridos cada vez más fuertes. Entonces se había acercado al joven y le había dado un puntapié en la cara pero, aun ensangrentado como estaba, el objetivo se había aferrado con fuerza a la pierna de su atacante y le había clavado los dientes en ella. Había intentado sacudírselo de la pierna y había conseguido zafarse de los dientes del objetivo. Pero el hombre del suelo se había puesto a gritar otra vez.

En ese momento había oído unos golpes en el suelo procedentes del piso de abajo y, sin pensarlo, le había asestado un machetazo en la cara a su objetivo. La sangre había salido a chorros en todas direcciones, pero los alaridos no habían cesado. Tras mirar a su alrededor, lo único que se le había ocurrido en aquel momento había sido darle a la tecla de reproducción del equipo de música que tenía cerca. El sonido de una batería había tapado entonces los gritos, pero los golpes que venían de abajo se habían trasladado ahora al radiador. Estaba claro lo que iba a pasar. La mujer que vivía abajo llamaría a la policía, y, seguramente, subiría a ese piso. Tenía que reaccionar deprisa y, aunque era consciente de que, según las instrucciones que le habían dado, silenciar de manera definitiva al joven era la última opción, había alzado el machete, se lo había clavado en el cuello y luego lo había retorcido. El objetivo se había contorsionado unos instantes, había golpeado el suelo varias veces con las palmas de la mano y al final se había quedado rígido.

La escalera había empezado a temblar, como si hubiera un terremoto, como si una manada de hipopótamos su-

biera los peldaños en estampida. Así que se había metido de nuevo en el armario. La música había dejado de sonar, seguramente porque el disco se había acabado. La puerta había crujido. Y después durante varios segundos no sucedió nada. Como la manada de hipopótamos no se había marchado de vuelta escaleras abajo, él había supuesto que seguía en el umbral. Debía de ser la mujer que se ocupaba de los edificios del campus, petrificada de miedo. Se disponía a salir pasando por su lado, pero entonces oyó varias voces carcajeándose tontamente en el piso de abajo. Se enojó consigo mismo por su reacción descontrolada. Él, que siempre conservaba la sangre fría y que había dedicado tantas horas a entrenarse para no reaccionar impulsivamente, había flojeado por primera vez en mucho tiempo. El dolor agudo en la pantorrilla, el ruido en la escalera, la necesidad de tomar una decisión rápida y la resistencia inesperada que había opuesto la víctima le habían nublado la mente unas fracciones de segundo. Había actuado como un novato, y eso era lo que más le molestaba. Despreciaba profundamente la debilidad de quienes lo rodeaban, y mucho más la suya propia.